

# Un euro por tus pensamientos

Aurora Guerra

Leer en el interior del ser humano, conocer sus más íntimos secretos es una de las fantasías que casi todos hemos tenido alguna vez. Si las respuestas a preguntas como “¿de verdad me quieres?”, “¿qué tema pondrá en el examen?” “¿cual es el ingrediente oculto de la sopa?”, pudieran conocerse leyendo los pensamientos del amado, del profesor o del cocinero, el mundo sería otro.

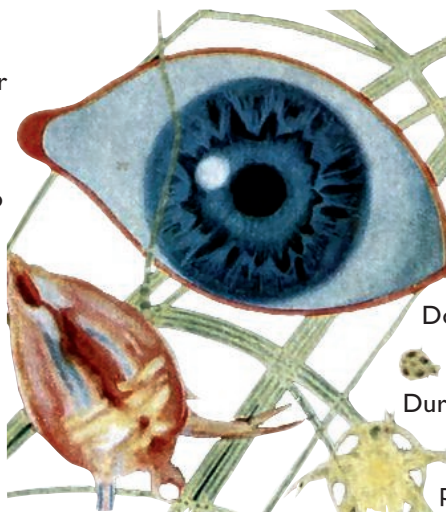
Pero tal vez, no sería un mundo mejor.

Yo sospecho que poseer una capacidad extraordinaria para la que no estamos diseñados puede tener consecuencias imprevisibles y no siempre gananciosas.

Y no soy la primera en esta creencia.

También lo juzgó así Santiago Ramón y Cajal, especializado en histología y anatomía patológica que recibió el premio Nobel de Medicina en 1906, cuando en su novela *El pesimista corregido*, el barbudo genio de la ciencia convierte en microscopios los ojos del médico misántropo, ansioso por superar las limitaciones inherentes al hombre. Sin embargo, Juan Fernández, el protagonista de la obra, pasa del júbilo al horror cuando es deslumbrado por la cloaca azul del cielo, la ciénaga del chocolate caliente, o las hediondas aberturas de las glándulas del cutis, antes de porcelana, de su enamorada. Sumergido en el hielo de la desilusión, recupera la confianza cuando el plazo de un año, límite de la merced otorgada, se cumple y vuelve a convertirse en un pobre ser humano al cien por cien.

¡Y qué decir de las manos del rey frigio Midas, que convertían en oro todo lo que tocaba! Desde



los alimentos, que no podía comer, hasta su amada hija Caléndula que se transformó en una estatua dorada, todo era oro a su alrededor. Y otra vez, el arrepentimiento por haber querido poseer lo portentoso.

Dorian Gray, personaje central de la novela de Oscar Wilde, pidió la eterna belleza y juventud. Durante años su retrato, oculto en un lugar secreto, envejeció mientras él cubría de vicios y perversidades su cuerpo inalterado. Pero finalmente, pesaroso de su deseo, acuchilla el lienzo, que vuelve a representar al Dorian joven y bello pintado originalmente, mientras él muere como un decrepito anciano solo reconocible por los anillos de sus manos.

Mel Gibson, actor protagonista de la película, sonríe en su papel del publicista que un día comprueba que puede saber “*Lo que piensan las mujeres*”. Pero el embeleso se transforma en desencanto, cuando sabe que ellas no le consideran tan guapo ni tan buen amante como suponía. Rota la autoestima, sólo aspira a perder la cualidad que satisface su curiosidad, pero no su ego.

Son tantos los ejemplos, que definitivamente, he llegado al convencimiento de que debemos conformarnos con ser lo que somos, cada día mejores si es posible, pero sin saltar de dos en dos los escalones de la naturaleza.

Aún así, alguien habrá todavía que, tal vez, dé un euro por lo que ahora estoy pensando. Entrar en otro cerebro, tan solo un rato, parece realmente inofensivo y tentador. ¿No es así?

Pues entonces, primero el euro, y luego hablamos.

Es de justicia.

¿No creen? Pues eso. ■

